

4.1-9

LA POBREZA ECONÓMICA Y MORAL: PARALELOS TEMÁTICOS Y ESTRUCTURALES ENTRE *LA DE BRINGAS* Y *MISERICORDIA*

Peter Bly

En el prefacio que escribió especialmente para la edición de *Misericordia* que se publicó en París en 1913, Galdós declara insistentemente que su propósito al componer la novela era pintar la suma pobreza o miseria del sector más bajo de la sociedad madrileña:

En *Misericordia* me propuse descender a las capas ínfimas de la sociedad matritense, describiendo y presentando los tipos más humildes, la suma pobreza, la mendicidad profesional, la vagancia viciosa, la miseria, dolorosa casi siempre, en algunos casos picaresca ó criminal y merecedora de corrección (...) No me bastaba esto (disfrazarme de médico de la Higiene Municipal) para observar los espectáculos más tristes de la degradación humana (...) pude ver de cerca la pobreza honrada y los más desolados episodios del dolor y la abnegación en las capitales populosas. (...) En sus miserables casuchas, cercanas a la Fábrica del Gas, se alberga la pobretería más lastimosa. (pp.5-7)

Pero este tema ya lo había tratado, si bien de una manera parcial, en novelas anteriores, como, por ejemplo, *Fortunata y Jacinta* o *Nazarín*. Si en el mismo prefacio (p.7) Galdós saca a relucir algunos de esos títulos es sólo para señalar cómo habían aparecido anteriormente ciertos personajes de *Misericordia*. El que *La de Bringas* no figure en la lista es hecho poco trascendente, si se tiene en cuenta que su mundo social es totalmente opuesto al de *Misericordia*. Pero hace más de un cuarto de siglo el crítico, Javier Martínez Palacio, señaló con gran acierto la relación paródica general entre ambas novelas. En esta comunicación yo quisiera sugerir que aun se pudieran trazar más enlaces temáticos y estructurales, de clara importancia para los lectores habituales de Galdós en los umbrales del nuevo siglo.

Aunque casi tres decenios de historia española separan los períodos novelados, a ambos libros asoman claros indicios de las respectivas crisis económicas que aquejaban a la nación especialmente a la burguesía cursi y a los marginados de la calle- en los años 1868 y 1897 (Carr, pp.300-301, 438; Vives, pp.673-675). Así las referencias económicas constituyen un ineludible punto de referencia interpretativo sobre el que se elaboran tra-

mas bastante parecidas: la protagonista de ambas novelas se encuentra en apuros financieros cada vez mayores, que, a falta del auxilio muy inmediato y muy eficaz que pudieran suministrarles hombres capitalistas como Francisco Bringas y Carlos Moreno Trujillo, se ven obligadas a solventar de diversas maneras provisionales, hasta que todo se les queda arreglado, gracias a un tipo de milagro, por decirlo así. Ahora bien, si abundan las referencias a la ausencia o la presencia, efectiva o imaginada, del dinero, no pueden por menos de plantearse consideraciones de índole definitiva y moral. Y viene como de molde en este respecto, a modo de guía crítica en miniatura para esta comunicación, la pequeña escena de *La de Bringas* en que el Jueves Santo los Reyes de España reparten platos de comida a doce pobres de ambos sexos en el Salón de Columnas. Los mendigos, que el día anterior pedían un ochavo a las puertas de una iglesia como las que se mencionan en *Misericordia*, quedan aturcidos al ser objetos de tanta atención, puesto que lo único que en esta farsa teatral importa es la pompa exterior de los uniformes y vestidos de los cortesanos. El objetivo del acto —darles de comer a los pobres en una ceremonia de caridad pública— no se realiza, ya que luego les compran los canastos de comida los fondistas de Madrid por unos cuantos duros. De ahí que se pongan en entredicho los valores morales de los habitantes del Palacio Real, que no dan ninguna muestra de la humildad —como lo deberían hacer en tal fecha del calendario cristiano— que sienten las mismas mendigas.¹ Y, para Galdós, y, por extensión, para sus lectores, el hecho es que el problema vital de la pobreza económica y su correspondiente solución práctica acarrean consideraciones morales.²

Pero, ¿de veras son pobres los llamados pobres de estas dos novelas? Aun los mendigos de *Misericordia* no parecen gente desesperada.³ Por cierto que, según *La Burlada*, a *La Caparola* no le hace falta mendigar, ya que tiene marido e hijo que trabajan y podrán mantenerla. Aun la Benina tiene ínfulas de negocianta, como la Diega y la Pedra. Por otra parte, cuando la Pipaón se halla en cierto estado de prosperidad momentánea, exhibe buenas tendencias capitalistas al estipular tipos de interés y plazos para la devolución de unos miles de reales que le va a prestar a Milagros. Pero no puede haber duda al respecto: estos burgueses del Palacio Real son tan pobres como sus congéneres de *Misericordia*, doña Paca y Ponte, aunque, a diferencia de éstos, consiguen disfrazar la pobreza económica con las apariencias indumentarias o mobiliarias. El fallo, aparentemente inconcluso al respecto, lo dicta—y sin ambages—Refugio Sánchez Emperador a Rosalía a finales de *La de Bringas*: “aquí, salvo media docena, todos son pobres. Facha, señora, y nada más que facha” (p.1675). Mas ésta no es la palabra final de Galdós sobre el tema, ni en esta novela ni en la de 1897.

A todas luces, nos incumbe averiguar por qué Rosalía, al igual que Benina, siempre necesita dinero con tanta urgencia, habida cuenta de la enorme diferencia de cantidades en cuestión.⁴ Las dos son amas de casa que tienen que comprar los comestibles y preparar las comidas diarias a sus

respectivas "familias." Pero, en el caso de Rosalía, la mayoría de sus gastos se incluyen en el apartado de los vestidos de lujo para ella misma o para sus hijos, mientras que a Benina lo único que le preocupa es dar de comer a Paca, a sus hijos, y a otros menesterosos, sin ocurrírsele, ni por asomo, comprar cosas para sí misma. No obstante lo cual, se pudiera comentar que los enormes sacrificios que diariamente hace la Nina para recoger pesetas no son totalmente necesarios, en el sentido de que siempre quiere proporcionar a la familia de Paca los mejores platos posibles, y a veces, delicadezas refinadas, con lo cual mantener la ficción del bienestar de la casa, a la que profesa una devoción excesiva: "No podía olvidar a la señora ni a los nenes. Estos eran su amor, y la casa, todo lo material de ella, la encariñaba y atraía" (p.1894). Es un defecto humano que se manifiesta también en las prodigalidades caritativas que demuestra a los habitantes pobres de las Cambroneras. De otras iguales y por motivos algo parecidos, es culpable la misma Rosalía Bringas: para ella, Milagros es un dios en ejercicio u objeto de veneración, a quien estará muy dispuesta a ayudar en sus trances financieros, cuando le sea posible:

(L)a de Bringas, que en esta época de nuestra historia se había apasionado grandemente por los vestidos, elevó a Milagros en su alma un verdadero altar. (...) a Milagros la tenía en el predicamento de los dogmas vivos y de los dioses en ejercicio. Nadie en el mundo, ni aun Bringas, tenía sobre la Pipaón ascendiente tan grande como Milagros. (p.1601)

¿Cómo obtener esta sustancia tan mágica, el dinero, que "es el arreglador infallible de cuantas dificultades hay en el mundo" (p.1942), según lo expresa Benina a Almudena? Ese es el quid del problema, al que las dos protagonistas siempre tienen que hacer frente.⁵ Al modo de ver de Rosalía y Paca, el remedio es muy obvio: que se produzca una distribución más equitativa de las riquezas de este mundo, o que pasen las monedas "por natural trasiego" de unas manos a otras. Cuando la Revolución de Septiembre, Rosalía profetiza al narrador que "la riqueza se iría de una parte a otra" (p.1682). Treinta años después la Benina anhela, a escala más reducida, esencialmente la misma cosa, aunque pretenda minimizar las implicaciones revolucionarias de tal cambio: "Y si la ansiada moneda pasara de las manos que con otras muchas la poseían, a las tuyas, no se notaría ninguna alteración sensible en la distribución de la riqueza, y todo seguiría lo mismo: los ricos, ricos; pobre ella, y pobres los demás de su condición" (p.1888). Mientras tanto, las soluciones factibles se encuentran por otro lado, pero, por de contado, van descartadas, porque son las soluciones tan razonables y sensatas que practican los hombres, tales como Francisco Bringas y Carlos Moreno, buenos administradores de la economía doméstica: ahorrar dinero, no tener deudas, o economizar los gastos domésticos, apuntándolo todo en sus libros de cuentas y guardando su efectivo en gavetas o arquetas.⁶ En otras condiciones menos apremiantes, quizá las dos habrían destacado como capitalistas de buena promesa; pero

aun cuando disponen de cierto capital, tienen el vicio del descuento, que, por otro lado, sería una virtud económica (p. 1895), pues las dos son sisonas: roban parte del capital que han acumulado o recibido a crédito, reservándola para aun más gastos y así imposibilitando el saldo total de sus deudas pendientes.

De manera que hay que buscar otras fuentes de ingresos. Una de las más raras —menos en la década de los noventa— es, como sugiere Almudena, un atraco de Banco (p. 1942). Medio más convencional al que recurren ambas mujeres es el de empeñar los objetos de valor. Y luego, del fondo, en su momento oportuno, a medida que se agrava la situación, salen los respectivos prestamistas: Torres, Torquemada, y en *Misericordia*, la Pitusa.

Echarse a la calle y pedir dinero a los transeúntes es el gran remedio que siempre les queda a los menesterosos, tanto en 1868 como en 1897. Si bien inconcebible en plan regular para los burgueses venidos a menos como Ponte, es lo que en último caso se ve obligada a hacer la Rosalía cuando acude al piso de Refugio donde los billetes de Banco tan apetecidos se sacan pegados a retazos de tela de un arca comparable a la famosa caja de su marido (p. 1673). Mas si la mendicidad, de cualquier orden, está siempre sujeta a los vaivenes de la fortuna, ¿por qué no entregarse al Acaso o a la Providencia, como Rosalía dice para sí misma? O, de acuerdo con la lógica de los pobres habitantes de las Cambronerías, ¿por qué no participar en ese gran juego de la Fortuna que se llama la lotería?, como lo hace, efectivamente, Benina. Y a falta de participación activa, se podrá siempre, como lo hacen Almudena y Paca, soñar con desenterrar tesoros escondidos, de una manera u otra, sueños que vienen a realizarse, así solucionando los problemas monetarios.

En fin de cuentas, las dos protagonistas arreglan sus cosas con éxito: Rosalía salda su deuda pendiente con Refugio, y Benina, ya recipiente de limosna regular de don Romualdo, con la que mantiene a Almudena, recibe otras pesetillas “como caídas del cielo” (p. 1991), de Juliana, las que le permiten pagar la deuda pendiente que tiene con la Pitusa. Desenlaces felices, por supuesto, pero a costa de ciertos principios morales. Vienen por delante, evidentemente, las mentiras, pequeñas o gordas, con las que Rosalía y Benina engañan, respectivamente, a Francisco y a Paca. Y en la sociedad capitalista española, sea prerrevolucionaria o de la Restauración, la última mercancía de cambio por ingresos monetarios, será, inevitablemente, el cuerpo humano, (Blanco Aguinaga y Blanco pp.36-37), trabajo sexual al que se dedicará cada vez con mayor éxito Rosalía después del primer gran fracaso con Pez, cuando, en una estupenda inversión de valores morales, no puede aceptar la gran ignominia de habersele vendido de balde. Aunque Benina ya no puede entrar en tal mercado de cambios por su vejez, es una mujer que tiene historia, según Paca, y da celos a Almudena por su trato amistoso con Ponte.⁷

Si fuera verdad, como dice el Pulido en *Misericordia*, que los del Gobierno y del Establecimiento “quieren que no *haiga* pobres” (pp.1878-79), no dejarían de producirse consecuencias, tanto éticas como prácticas. Por ello, Galdós pone fin a sus relatos con unos comentarios a modo de moraleja. El narrador de *La de Bringas* rompe sus relaciones sexuales con Rosalía, ya creyendo que, de continuarlas, sería ir “contra todos los fueros de la moral y de la economía doméstica” (p.1683), mientras que filosofa Benina ante Almudena en el capítulo penúltimo de *Misericordia*: “en dondequiera que vivan los hombres, o verbigracia, mujeres, habrá ingratitud, egoísmo y unos que manden a los otros y les cojan la voluntad” (p.1988). En la novela de 1884, las palabras suenan a falsas, a pura hipocresía, mientras que en la de 1897, las opiniones de Benina son la pura verdad, fruto de su odisea humana por las calles de Madrid. Evaluación exacta, franca y contundente, digamos, de Galdós sobre la España de todo el siglo decimonónico. Pero estamos en umbrales de otro siglo, y en el capítulo final de *Misericordia*, capítulo tan asombroso, Galdós parece acariciar la posibilidad de una vuelta a una ética en que se combinen “la moral y la economía doméstica,” puesto que la Juliana, esa heroína aparentemente nueva del Galdós de finales de siglo —la mujer del pueblo práctica, administrativa, que no necesita hacer números ni apuntar cuentas—, termina dándose cuenta —y ¡cuántas veces en ambas novelas juega Galdós con el sentido metafórico de esa palabra!— de que necesita desarrollar una espiritualidad de que carece todavía. Sí son palabras morales las que pronuncia la nuera de Paca ante la que será siempre santa para ella: “yo he pecado, yo soy mala” (p.1992). Los buenos consejos de Benina apuntan al remedio que se ha de adoptar: “vete a tu casa, y no vuelvas a pecar” (p.1992), es decir, “sigue siendo buena ama de casa, gran administradora de hacienda, pero practica a la vez la caridad cristiana que se basa en el verdadero amor al prójimo sin matices sexuales.” Pero, precisamente por presentarse de sopetón, este mensaje evangélico suena a algo milagroso e irreal, por lo que uno se pregunta si va a valer para el nuevo siglo que está a punto de iniciarse. Y después del llamado Desastre del año inmediatamente posterior al que vio la publicación de *Misericordia*, ¿quién se atrevería a abogar por tal idealismo, aun en plan personal? Pues, ni siquiera el mismo don Benito, que, al replantearlo en las últimas tres series de los *Episodios Nacionales* y las novelas de corte alegórico de su último ciclo, siempre lo hace en son de parodia. De hecho, si se exceptúa este último capítulo de *Misericordia*, uno podría afirmar que el mundo novelesco de 1897 hace eco —a tono menor— del de *La de Bringas*: no hay ni moral, ni economía doméstica en los dos, ya que no se rigen por esos valores humanos, que no se casan bien con las nuevas realidades —un materialismo y un egoísmo más desenfrenados y más hipócritamente cubiertos— del vivir español postseptembrino.

NOTAS

- ¹ «¡Qué avergonzadas las infelices. Algunas derramaban lágrimas de azoramiento más que de gratitud, por que su situación entre los poderosos de la Tierra y ante de la etiqueta que las favorecía, más era para humillar que para engrair» (p.1599).
- ² Efectivamente, Andrenio (p.85) niega que en *Misericordia* Galdós enfoque este problema social desde un punto de vista moral: “El novelista no declama ni *hace consideraciones* sobre las causas y remedios de la miseria. Contempla el espectáculo de la mendicidad con ojos enternecidos, no con la fría mirada del moralista, a quien los infortunios de los menesterosos sugieren prudentes advertencias sobre las ventajas del ahorro y las consecuencias de la imprevisión.”
- ³ Para Andrenio (p.82), “los pobres que pinta Galdós no tienen aire dantesco de desesperados; son buenas gentes que luchan por la vida a su modo, que ejercen su profesión y tienen su filosofía. Parecen casi felices; ¿quién sabe si relativamente lo son?”
- ⁴ Casaldueiro (p.229) contextualiza muy bien la realidad histórica de la España de *Misericordia*: “Y a finales del siglo XIX, cuando se introducen en las finanzas las cifras astronómicas, Galdós nos obliga a sujetarnos al céntimo, los dos céntimos, los tres céntimos. La Banca nos habla de millones, billones de duros, de negocios portentosos; pero en *Misericordia* lo único inmenso es la miseria.”
- ⁵ Puntualiza Young (p.187): “In the case of Benina, moral implications aside, virtually all her activities are associated with money in some way or other.” Los Blanco apuntan a la misma obsesión de los personajes de *La de Bringas*: “Desde el principio, todo es en esta novela cuestión de dinero, de comprar y pagar o no poder pagar” (p.38).
- ⁶ Rodríguez-Puértolas (p.372) acierta al afirmar que en *Misericordia* “pues, en efecto, ‘el que no hace números está perdido’(...). El capitalismo domina ya la sociedad española.”
- ⁷ Bauer (p.247) opina en este respecto: “Benina comprehends and moves freely between the economics of eros and logos. Most remarkable is her ability to manage the realities of the latter without succumbing to it.”

BIBLIOGRAFÍA

- Andrenio (Eduardo Gómez de Baquero), *Novelas y novelistas*, Calleja, Madrid, 1918.
- BAUER, B. W., «For Love and Money: Narrative Economies in *Misericordia*». *Modern Language Notes* 107, 1992, pp.235-249.
- BLANCO, A., y BLANCO AGUINAGA, C., «Introducción», Benito Pérez Galdós, *La de Bríngas*, Cátedra, Madrid, 1983, pp.9-45.
- CARR, R. *Spain. 1808-1939*, Clarendon Press, Oxford, 1966.
- CASALDUERO, J., *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*. 3ª ed. ampliada, Gredos, Madrid, 1970.
- MARTÍNEZ PALACIO, J., «Miseria y parodia galdosiana de la restauración», *Ínsula* 291, febrero de 1971, pp.4-5.
- PÉREZ GALDÓS, B., *La de Bríngas*, en sus *Obras completas*, Ed. Federico Carlos Sainz de Robles, Tomo IV, Aguilar, Madrid, 1963, pp.1585-1683.
- , *Misericordia*, en sus *Obras completas*, Ed. Federico Carlos Sainz de Robles, Tomo V, Aguilar, Madrid, 1961, pp.1875-1992.
- , *Misericordia*, Thomas Nelson, París, 1913.
- RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, J., «*Misericordia, una novela antiburguesa*», Galdós. Centenario de *Fortunata y Jacinta (1887-1987)*, Actas, Ed. Julián Avila Arellano, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1989, pp.365-377.
- VICENS VIVES, J., *Manual de historia económica de España*, 3ª ed. Editorial Vicens-Vives, Barcelona, 1964.
- YOUNG, R., «*Money, Time and Space in Galdós's Misericordia*», en *Literature and Money*, Ed. Anthony Purd, Rodopi, Amsterdam, 1993, pp.181-203.